

FRANCISCO ORTEGA

ANDINIA

La catedral antártica

Guayaquil, Gran Colombia

27 de julio, 1822

1

«Zurdo egocéntrico y traidor», pensó el general José de San Martín al observar los delicados modos con que Simón Bolívar pidió silencio antes de tomar la palabra, golpeando apenas con los dedos de su mano izquierda una copa rebosante de vino de Madeira.

–Por los dos hombres más grandes de América del Sud: el general San Martín y yo –celebró el venezolano, clavando en dirección de su colega austral esa mirada gélida, de reptil, que le era tan propia.

–Por la pronta conclusión de la guerra –dijo a su turno el nacido en Yapeyú, al norte de Buenos Aires–, por la organización de las diferentes repúblicas del continente y por la salud y el futuro del Libertador de la Gran Colombia.

–¡Por los más grandes de América! –devolvieron al unísono los generales, capitanes y altos oficiales reunidos en un banquete en honor al héroe de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Ágape que para el argentino ponía punto final a una misión sagrada de cuatro años y finiquitaba el lugar que le correspondía en la historia del continente; sitio que le fue prometido la mañana de aquel 12 de abril de 1818, cuando días después de la batalla de Maipú se dirigió en compañía de su entonces ayudante de campo, el general Juan O’Brien, a la chacra de Manuel de Salas, al oriente de Santiago de Chile, y bajo la protección de la gran pirámide del Nuevo Extremo realizó la promesa y el ritual de fuego exigido por los tres superiores que lo aguardaban. La logia transitaba hacia sus días finales, la era de la luz llegaba al fin del mundo. «Que los secretos del pasado ardan y de las cenizas se forje el futuro de estas tierras, el futuro del nuevo rey», fueron las primeras palabras pronunciadas aquella mañana. «Comenzamos el fin del mundo en el fin del mundo», las últimas. Todas las dijeron ellos.

Ellos.

2

Los tres.

–Larga vida y prosperidad –continuó el de Caracas, sumando una sonrisa cínica bajo la sombra de su nariz aguileña. Sabía que ahora el camino sagrado era entero suyo. Tanto el proyecto continental como el trono de la política y la historia.

Apenas las copas regresaron a la mesa, uno de los edecanes locales indicó a los criados que ya podían ingresar con el banquete principal.

A pesar de las lluvias de la tarde, hacía calor en Guayaquil. Esa noche, además, el aire se sentía inusualmente seco; tanto como el aliento de los dos hombres más poderosos convocados en aquella reunión, misma donde un exagerado y oportunista brindis acababa de sellar el porvenir de las naciones libres más jóvenes del planeta.

–De aquí a doscientos años –murmuró para sí José de San Martín.

–¿Dijo algo? –le preguntó el capitán Nolasco Fonseca, jefe de la escolta del Ejército Libertador de los Andes y el Río de la Plata, que ocupaba el puesto a la izquierda del responsable de la independencia de Lima y Santiago de Chile.

–Nada.

–¿Se siente bien? –insistió Fonseca.

–Mejor, no tiene de qué preocuparse, amigo mío.

Pero Nolasco Fonseca sabía que su superior y amigo mentía. Estaba bien informado de cada pormenor de aquella reunión, a puertas cerradas, que un día antes su general y Bolívar habían protagonizado. Y estuvo presente, horas después, cuando San Martín en persona reveló parte de aquella conversación a su círculo más cercano.

–¿Vino? –ofreció uno de los criados del venezolano.

–Por favor –levantó su copa el argentino.

Y mientras sentía el sabor dulzón del tinto de Madeira, favorito de Bolívar, bajando por su boca y garganta, el general José de San Martín comenzó a meditar, revisando en su cabeza cada evento y cada detalle vivido desde su arribo a Guayaquil hacía veinticuatro horas, cuando finalmente comenzó a hacerse la voluntad de los verdaderos dueños de América.

Manhattan, Nueva York, EE.UU.

Ahora

2

El día en que sea puesta la última piedra, la catedral de San Juan el Divino será el mayor templo cristiano no solo de Nueva York, sino de toda América del Norte. Ubicada en el Morningside Height, al noreste de Manhattan, a la altura del 1047 de la avenida Amsterdam, la iglesia fue mandada construir en 1892 pensando en que fuera terminada hacia 1930. Se equivocaron. Sus entonces responsables, la Congregación Anglicana, pretendían duplicar las dimensiones del hasta ese momento principal templo de la doctrina, la catedral de Liverpool en Inglaterra. A pesar de estar inacabada, es la cuarta construcción cristiana más grande del mundo.

Tras ser parcialmente destruida por un incendio en 2001, las obras fueron paralizadas hasta el 2008, cuando la catedral volvió a abrirse al público. Diseñada por Ralph Adams Cram, un arquitecto de Boston que hizo su tesis magistral sobre la catedral de Chartres, el templo ha sido generalmente definido como el mayor exponente del neogótico norteamericano, lo que no es del todo exacto, ya que Adams Cram bosquejó los planos usando el gótico florido francés del siglo XIII. En 1911, San Juan el Divino fue entregada por los anglicanos a la diócesis episcopal de Nueva York, que transformó la iglesia en el principal templo ecuménico del mundo, donde se realizan y se reúnen cultos católicos, anglicanos, protestantes, evangélicos e incluso judíos. La administración del edificio la llevan en conjunto un sacerdote católico de la orden de los jesuitas y un pastor metodista, que cada domingo por la mañana, antes de ofrecer sus respectivas comuniones, celebran un culto en conjunto, con ritos romanos y protestantes. Por orden de la diócesis de Nueva York y el carácter universal de la iglesia, San Juan el Divino jamás debe estar con sus puertas cerradas.

4

Gideon guardó el ejemplar del más reciente cómic de *Superman*, que tras comprar en la librería Midtown de Times Square leyó entero durante el trayecto en metro, y se detuvo a contemplar las inacabadas torres de la catedral. Con los ojos en línea recta hacia el cielo se quedó un instante fijo en las nubes, oscuras y pesadas, que cruzaban a gran velocidad sobre la ciudad, impulsadas por los vientos helados que, según la mujer del clima WNBC, soplaban desde esa mañana provenientes de la costa sureste de Canadá. A Gideon le gustaba ese clima, le recordaba su Kansas natal, aunque en realidad esas memorias venían de lo que le habían contado, porque piezas de su infancia tenía poco y nada. A lo más el rostro de la mujer que lo había parido, una calle nevada, algún desayuno con miel de arce demasiado dulce, desparramada encima de *pancakes* aceitosos. Nada que importara mucho, salvo la velocidad de las nubes allá encima, sobre la copa y las agujas de los rascacielos del *skyline* neoyorquino.

El muchacho metió la mano izquierda dentro del bolsillo derecho del chaquetón grueso y negro que llevaba puesto y sacó su teléfono. Pulsó la clave de su dedo índice derecho y revisó la hora en la pantalla traslúcida del iPhone. Siete minutos de retraso, espacio suficiente para llegar a la cita confirmada desde ayer por la tarde. Regresó el teléfono al bolsillo de su chaqueta y al hacerlo tuvo real conciencia de que el momento, tan largamente esperado, había finalmente llegado. Aunque Gideon amaba las iglesias, esa catedral no era su favorita. Prefería por lejos la elegancia aristocrática de Saint Patrick, en el centro de la ciudad.

Había poca gente en el interior del templo. Un par de vagabundos que dormían en las bancas más cercanas a la puerta, otro grupo de *homeless* que esperaban junto a la sacristía por la comida del día, una pareja arrodillada ante una imagen del Sagrado Corazón de Jesús y una mujer, de mediana edad, sentada al centro de una de las primeras seis filas de la columna izquierda bajo la intersección del crucero con la nave central. Estaba vestida de negro y llevaba el cabello tomado; a un lado mantenía un bolso de mano hecho de cuero y con mango plateado. Permanecía con la vista clavada en el altar principal, donde un joven sacristán encendía los cirios de la mitad católica del templo. Una imagen de la Inmaculada Concepción sabía convivir con la cruz limpia de la orden ecuménica y un menorá con los siete brazos del árbol de la vida encendidos con igual número de velas.

Gideon avanzó por el pasillo y se acomodó en la séptima fila, justo detrás de la mujer, que no apartaba su mirada de la preparación del rito romano. El sacristán terminó de encender los cirios a los pies de la estatua de la madre del Señor y se retiró en dirección al absidiolo.

–Madre –saludó Gideon en voz baja.

–Llegas tarde –respondió la mujer. Su tono era casi un susurro, no solo por el volumen, sino por la tristeza que se hacía sentir en cada sílaba que pronunciaba.

–Sexta fila –respondió el muchacho.

–Yo en número de hombre, tú en número de Dios –pronunció la señora–. Como debe ser.

–No me atrasé, solo preferí esperar unos minutos.

–No demoremos más lo que se te ha ordenado –siguió ella. –No es difícil.

–No he dicho que lo sea, solo quería esperar.

–Estoy orgullosa de ti. Te has convertido en un juez ejemplar.

–¿Mejor que Deborah?

La mujer no respondió y Gideon permaneció en silencio.

–Vas a marcarme, ¿verdad? –siguió ella.

–Todos deben saberlo.

–Cuida ese ego, Gideon. Algún día puede destruirte.

–No es ego, tú más que nadie lo sabes. También que nada ni nadie puede detenerme.

–El hombre de acero –la mujer sonrió. Gideon no respondió, aunque comprendió cada una de las cuatro palabras.

–¿Madre? –preguntó luego.

–¿Sí...?

–Nada, ya no es importante... –dudó él por primera vez en mucho tiempo.

–Entonces hazlo. Hace cuarenta años que estoy lista para este día.

El muchacho de diecisiete años recién cumplidos metió su mano izquierda al bolsillo y sacó un enorme anillo de plata que lucía esculpido en el óvalo central la figura de un león con un solo ojo. Lo acomodó en su dedo anular derecho y volvió a hablar:

–Te quiero, madre –dijo.

–Lo sé –respondió ella, mientras sentía cómo Gideon presionaba el anillo contra la parte baja de su nuca. La boca del león se hundió en su piel, luego el pinchazo y finalmente el dolor.

Arriba, muy arriba, en la inacabada columna vertebral de la catedral de San Juan el Divino de Nueva York, un grupo de palomas aleteó despavorido bajo los arcos, aterradas ante un pequeño halcón peregrino que había conseguido entrar a través de un hueco entre las torres del templo.

«Pronto caerá, hermana», pensó Gideon, mientras lloraba por la mujer a la cual durante toda su vida había llamado madre. El círculo finalmente se estaba cerrando.

Océano Pacífico, sur de Nueva Zelanda

Dos días después

3

«RESEARCH» estaba escrito con grandes letras mayúsculas pintadas de blanco sobre la opaca superficie del casco de setenta metros de largo del *Yūshin Maru 5*, uno de los siete buques-arpon de la flota ballenera japonesa.

Bajo la línea de flotación, colgando de la quilla de la nave de ochocientas toneladas de peso, el radomo que portaba la instalación de antena subacuática y sonar se quedó fijo, apuntando sus sensores en dirección suroeste. Una seguidilla de ecos acababa de rebotar en el plato principal y siete metros por encima, en la cubierta superior del puente, Yuki Shimano, tercer oficial del barco, vio dibujarse en el LCD de su terminal una fila india de siluetas que reconoció de inmediato, antes incluso de que lo hiciera la computadora. Era cierto aquello que se murmuraba en los pasillos del arponero: «En la flota nadie era más rápido que Yuki Shimano a la hora de identificar ballenas».

Dos palabras se escribieron con caligrafía japonesa en el visor de cristal líquido del sonar, repitiéndose más abajo en inglés: *fin whale*. Ballena de aleta o rorcual común, una de las cuatro especies que oficialmente estaban autorizados para cazar. En los documentos blancos, para investigación y consumo de selectos clientes japoneses, acostumbrados a la carne de cetáceo no solo por hábito sino por tradición; en los papeles negros, para cualquier persona en el mundo con las ganas y los recursos necesarios para contratar los elevados servicios de la flota, conseguibles mediante mensajes encriptados que transitaban a través de los servidores más secretos de la *deep web*.

—Tres «de aleta» a dos y media millas náuticas, dirección proa suroeste —avisó Shimano por el intercomunicador de la nave.

Bajo la popa del barco, en la sala de máquinas, el capitán Sasō Sachū, recibió la información de su tercer oficial y le encargó coordinar

8

con el contra maestre el cambio de rumbo. Luego le gritó al jefe de ingenieros que quería el buque funcionando a toda potencia.

–Yo me encargo del cañón –le devolvió en privado a Shimano.

Mientras la turbina diésel-eléctrica que propulsaba la única hélice del *Yūshin Maru 5* chirriaba por las exigencias requeridas, el capitán Sachū regresó a su camarote privado y tomó el abrigo más grueso de entre todos los que colgaban del pequeño armario. Cogió un capuchón felpudo y guantes de trabajo, también una visera con lentes de alta definición; en el exterior, el viento y el frío no eran los mejores aliados. Tras salir del camarote trepó hasta el puente y se acercó al parabrisas del timón, desde donde examinó lo que se le venía encima. Las despiadadas olas antárticas rompían con energía y espuma contra el elevado castillo de proa de la esbelta motonave a su comando, donde se emplazaba el cañón dotado con arpones explosivos, la principal arma del buque y el objeto por el cual este y sus seis embarcaciones hermanas eran odiados por miles y millones de occidentales que creían en eso que Sachū definía como «tonterías de caucásicos malcriados con demasiado tiempo libre que no superaron el trauma de ver *Bambi* de niños».

¿De qué conservación hablaban? El capitán llevaba tres décadas navegando, la mayoría de esos años en la marina mercante, y si algo había descubierto en todo ese tiempo era que el mar estaba lleno de ballenas. Todo lo de la supuesta extinción de los cetáceos gigantes era una mentira inventada por vaya uno a saber quién, para vaya uno a saber qué. A Sasō Sachū tampoco le interesaba mucho averiguarlo, no era su tema.

–¡Shimano! –gritó a su tercer oficial.

–Mande, capitán.

–¿Cuándo salen a respirar los animales? –preguntó mientras acomodaba sus dedos en los gruesos guantes de trabajo.

–Según el sonar, en tres minutos.

–¿Y según usted?

–En cuatro, señor.

–Pues será en cuatro. ¿El cañón está cargado?

–Sí, señor –contestó en tono marcial Shimano, revisando otra de las pantallas del tablero–. Y los explosivos activados.

–Vamos a necesitar otros dos arpones.

–Ikaru ya fue avisado, se reunirá con usted en la torre del castillo.

—Que esta vez no se retrase.

—No lo hará —respondió Shimano, mientras continuaba atento al movimiento de las ballenas en el sonar.

Sasō Sachū abrió la puerta que daba a la estrecha pasarela que unía al puente del *Yūshin Maru 5* con la plataforma del cañón y se tardó exactos cuarenta segundos en avanzar los siete metros que separaban los extremos del viaducto. Sin el viento y las sacudidas del mar antártico hubiese logrado la distancia en menos tiempo, pero el actual clima obligaba a poner primero la seguridad por sobre la prisa. Un pequeño error y la más mínima ráfaga podía lanzarte varios kilómetros por encima del encabritado oleaje. Desde que tenía un ballenero a su mando, Sachū había perdido al menos cuatro hombres por ese error.

El capitán se amarró al cañón con una cadena y enseguida, usando su peso como equilibrio, lo levantó para apuntar. Quitó los seguros y activó la carga del disparo. Delante del arma, la cabeza explosiva en forma de punta de flecha se levantó por sobre la línea del horizonte. De cuatro a tres minutos, dirección suroeste, recordó Sachū mientras giraba el cañón hacia su derecha.

A poco más de milla y media náutica al frente del *Yūshin Maru 5*, y doce metros bajo la superficie, el delicado sonar del macho de la pequeña manada de ballenas de aleta, rorcuales que se diferenciaban del resto de los cetáceos con barbas por su elevada aleta dorsal, la curvatura de su espalda y la velocidad que podían alcanzar nadando en línea recta, sintió que algo no estaba bien. Hacía minutos que venía percibiendo la presencia de algo grande acercándose por encima de las olas, pero ahora algo todavía más masivo surgía desde las profundidades. Mediante un silbido grave advirtió a las dos hembras que conformaban su grupo, una de las cuales llevaba semana y media de gestación de una cría suya, que emerger a respirar podía ser peligroso. Dos sombras grandes caían sobre ellas que no se sentían amigables.

Entonces, en el puente del *Yūshin Maru 5*, Yuki Shimano vio dibujarse un cuarto eco en el radar, uno que era casi diez veces más grande que la mayor de las ballenas de aleta que perseguían.

—¿Qué es eso? —pronunció en voz alta, aterrado.

Santiago de Chile

Tres semanas después

4

Me arrodillé y pasé mi mano por la boca de la llave. Era exactamente igual a la cerradura del pucará de Maipú, diseñada no para una clave convencional, sino para la punta del objeto que apretaba y sostenía nervioso con mi mano derecha.

–El enigma de *La cuarta carabela* –pronunció el hombre de Dios–, el final de su novela.

Lo miré.

–Adelante –invitó el presbítero.

Dejé la linterna en el suelo y blandí la espada de Bernardo O’Higgins. Quité la vaina, la agarré firme con ambas manos y metí la punta de la hoja de acero en el ojo del candado. Luego la giré hacia la derecha. Dentro, un mecanismo de fierros y palancas chirriaron al ser abiertos por primera vez en doscientos años.

–Espero no se decepcione –pronunció el padre Horacio Ugarte, párroco de la basílica del Perpetuo Socorro, adelantándoseme para empujar con ambas manos la puerta de madera y cruceros de fierro viejo que separaba el túnel bajo el templo de la bóveda subterránea que allí se extendía–. No es tan impresionante como lo de Maipú, se lo advierto, Elías –agregó.

Y tenía razón.

Ugarte tomó la linterna que yo había dejado en el suelo y me indicó que esperara un segundo. Lo vi meterse la mano derecha en un bolsillo de su sotana y sacar una caja de fósforos. Intentó con tres cerillos hasta que uno logró sobrevivir a la suave pero arremolinada (y fétida) brisa que soplabá allá abajo. Lo acercó a la pared que continuaba el extremo derecho de la puerta y comentó:

–Espero aún funcione.

Primero fue un leve silbido y luego una delicada ráfaga de fuego se fue extendiendo a lo largo de un canal que rodeaba por completo la estancia subterránea, dándole al lugar una iluminación pálida que remitía al resplandor de un incendio o una batalla vista desde lejos. Las flamas que subían por el ducto se originaban en azul antes de destellar en amarillo y naranja.

–¿Petróleo? –pregunté.

–Brea –me corrigió el cura.

–No es primera vez que baja, ¿verdad?

Ugarte sonrió.

–Y jamás necesitó de la espada para hacerlo –agregué, dejando el arma del Libertador de Chile apoyada bajo la primera estación del canal de iluminación, justo donde Ugarte había encendido el combustible.

–Adelante, señor Miele –habló el presbítero, sin responder.

Di un paso al interior de la bóveda.

Miré alrededor. En efecto, no era demasiado grande, mucho menos de lo esperado. Verifiqué, siguiendo la forma del ducto de brea, que el espacio tenía la forma de un pentágono regular de unos ocho metros por cara, con un total de cuarenta de área por cinco de alto, aproximadamente. Arriba, entre la suciedad y las telarañas, se podía ver lo que alguna vez había sido una cruz de Malta que en su centro agregaba la figura del *Udjat*, el ojo que todo lo ve, encerrado dentro de un triángulo equilátero.

–El ojo de Horus –comenté en voz alta–. O de Ra –miré a mi acompañante.

–A algunos nos gusta pensar que es el ojo de la Providencia –arrugó el ceño–. También a esos algunos –marcó– nos sorprendió lo exacto de *Logia*, señor Miele. Digo, para ser un texto de ficción.

–Lo único de ficción fueron algunos nombres que cambié.

–Me agradó el mío.

–Lo sé, me lo dijo hace un rato, antes de bajar. Además, no es mi novela, padre. Solo terminé lo que Bane Barrow dejó incompleto.

–O lo que el Hermano Anciano planeó.

–Deme la valía de haberle cambiado el título.

–Se la doy –Ugarte reconoció mi jugada–; en lo moral, *Logia* molesta bastante más que *La cuarta carabela*.

–En lo comercial también. El comprador compulsivo de librerías prefiere la palabra única, familiar y misteriosa, escrita en letras doradas sobre un rojo uniforme.

–¿Juega ajedrez, señor Miele?

–No, ¿por qué?

–Por nada... creo que debería jugar.

Los muros del pentágono subterráneo estaban armados con ladrillos a la vista, sujetos todos por vértices de piedra rústica que armaban una estructura que en mi cabeza de escritor remitía a las costillas de un esqueleto tan monstruoso como antiguo. Vértebras ancianas, suficientemente fuertes como para resistir doscientos años de temblores, terremotos y toda clase de desastres naturales.

–Cuidado con el piso –me advirtió mi compañero, mientras me alcanzaba la linterna–, la madera es firme pero los años y la humedad han hecho su trabajo.

–También el polvo y las ratas –indiqué con el cono de luz, mientras le preguntaba–: ¿Esto lo hizo su familia?

–No –fue enérgico–. Ya le conté que Antonino Ugarte, mi antepasado, junto a sus hermanos de la Logia Lautarina, se encargaron de los corredores de acceso del viejo templo, el que estaba antes de la basílica.

–Y que se mantuvieron cuando el Perpetuo Socorro fue levantado, como parte del trato de entrega de la propiedad –dije, recalcando mi atención en su relato.

–Esta cámara es bastante más antigua –siguió el presbítero responsable del templo neogótico de Santiago Sur–. Ilumine hacia aquella pared –me indicó–, un poco más arriba de la canaleta de brea.

Le obedecí.

Sobre los ladrillos colgaba una placa de piedra. Y sobre la placa se dibujaba un símbolo que cualquier persona crecida en una sociedad cristiano-occidental habría podido reconocer.



–El cristograma –dije–, la Compañía de Jesús. ¿Levantaron esto antes de ser expulsados?

–Las fechas coinciden, inicios del siglo XVI, cuando acá arriba solo se encontraban chacras y bosques vírgenes.

Pronuncié en voz alta las tres palabras que se resumían en el símbolo.

–*Iesus Hominum Salvator*.

–En realidad es Iesus Hierusalem Salvator –me corrigió el sacerdote, sugiriéndome que volviera a alumbrar hacia lo más alto del techo de la bóveda, a la cruz de Malta y el ojo que todo lo ve.

–Jesús Salvador de Jerusalén. Del templo de Jerusalén –le dije–. ¿Templarios?

–San Ignacio y su lucero del alba, a buen entendedor... –y dejé hasta ahí el tema–. En fin, señor Miele, pienso que quiere revisar lo que hay acá abajo. Por favor, apunte la linterna a su derecha.

–¡Libros! –pronuncié en voz alta al ver la cantidad de cajas con manuscritos que había desparramados sobre la esquina indicada en el pentágono.

–No solo libros –Ugarte aconsejó que me fijara en los cajones de piedra que estaban apuntalados contra la pared de fondo, justo bajo el cristograma.

–¿Criptas? –pregunté.

–Tres criptas, para ser precisos.

El religioso se adelantó hasta los libros, algunos encuadernados en lomos de piel y madera, otros en rollos de pergamino.

–Imagino que ha escuchado de la biblioteca de Alejandría –habló–. Lo poco que se alcanzó a salvar está acá, venía en la nave del capitán y sacerdote Pedro Niño, la *Santa Clara*... *La cuarta carabela* –apuntó uno de los rollos–. La *Comedia* de Aristóteles... *La Margites* de Homero...

–¿El *Necronomicón*? –agregué, sumando un poco de humor a la solemne situación. No resultó.

–Casi –me devolvió, medio en broma, medio en serio–. A propósito del capitán Niño y la *Santa Clara*, en *Logia*....

–Lo sé, hay un error –me adelanté–. Las fechas no coinciden. Niño no podía haber sido jesuita en 1492, ya que la compañía fue fundada recién hacia 1534. Traté de hacer el cambio en la segunda edición, pero...

Como sea, digamos que hice demasiado caso a los apuntes de Barrow y Javier.

–¿Javier? –preguntó él.

–Usted lo conoció como el Hermano Anciano.

–Claro, por supuesto, el Hermano Anciano –estiró la frase–. En todo caso no era eso lo que quería decirle. El error de fechas es real, pero pensé que había sido a propósito. Pedro Niño no pudo ser formalmente jesuita, pero en verdad lo era –apuntó otra vez al techo, a la cruz de Malta y al ojo que todo lo ve.

–No soy tan brillante.

–Guardaremos también ese secreto, señor Miele.

Revisé otra vez el lugar con una mirada rápida y apunté la luz de la linterna hacia los manuscritos.

–Estos libros llevan casi quinientos años acá abajo –comenté–, que no se hayan destruido es...

–¿Magia?

–Iba a usar un sinónimo más religioso –torcí una mueca–. Deduzco entonces que es algo fortuito. Ahora, si me permite –traté de ser sutil al cambiar de tema–, ¿no cree que todos estos documentos serían mucho más útiles allá arriba?

–Estimado, créame que cuando el mundo esté listo para ver lo que hay acá abajo, yo seré el más dispuesto a subir todo esto a la superficie. Y cuando digo todo esto me refiero incluso a lo que está en esas criptas –apuntó.

–¿Y si cuando eso ocurra usted no está?

–Confiemos en que quien tome mi lugar tenga un sentido común similar al mío. No se preocupe por eso, sabemos escoger a nuestra gente.

–¿Sabemos?

–Tampoco debe preocuparse por eso –sonrió, antes de cambiar el tono de su voz–. Lo noto contrariado, señor Miele, ¿esperaba un tesoro más... llamativo? –La forma en que pronunció la última palabra dejó en claro que no encontró un adjetivo más adecuado.

–No –subrayé–, oro significa conocimiento y acá hay bastante de ese oro. Digamos que pensé que iba a ser más grande.

Ugarte arrugó el ceño complaciente.

–La *Santa Clara* era una carabela de veinticuatro metros de largo –fue argumentando–, y llevaba veintidós hombres a bordo, más los víveres necesarios para cruzar el Atlántico. Digamos que no había mucho espacio extra para...

–Lo justo y lo necesario.

–Como hombre de fe que soy, señor Miele, solo me queda contestarle con un honesto amén.

Gotas de agua chorreaban por una de las paredes perpendiculares al muro del escudo con el cristograma. Apunté el cono de luz de la linterna pero no hice comentarios. Ugarte tampoco abrió la boca. Se adelantó un primer paso y luego caminó hasta las criptas, invitándome a seguirlo.

–Empecemos por esta –indicó.

–Usted es el dueño de casa.

Ugarte se agachó y levantó una barra de metal que estaba tirada en el suelo, junto al féretro. Era larga y terminada en punta, como una estaca.

–¿Cuánta gente ha bajado antes? –insistí–. Es decir, hay una herramienta.

–¿Esta barreta? –me la enseñó–. Es del taller de la iglesia, la bajé cuando supe que usted iba a venir a Santiago. Algo me decía que íbamos a llegar a esta instancia –explicó, mientras metía la punta plana de la herramienta en el borde de la losa de la tumba.

–Podría ayudarme, señor Miele –pidió–. Ninguno de los dos está en estado físico como para hacer esto solo.

Dejé la linterna en el piso y me ubiqué al lado del presbítero. Entre los dos bajamos la estaca de la barreta, repitiendo la acción cuatro veces hasta que la placa de piedra que cubría la cripta cedió. Era un rectángulo de unos dos metros y medio de largo, por uno y medio de ancho. Dos ratones de tamaño mediano escaparon chillando desde el interior, en tanto que una araña velluda y de patas gruesas se escabulló hacia una rendija.

–El plan de La Hermandad –explicó.

Tomé la linterna e iluminé la cripta, dos cuerpos casi idénticos descansaban allí dentro, ambos cubiertos por una mortaja blanca, como momias, enteramente tapadas, de la cabeza a los pies, como formando una vaina de tela, casi un capullo. En mi cabeza, más que cadáveres

parecían un par de larvas esperando su transformación a mariposa; gigante, claro, pero mariposa al fin y al cabo.

—¿María de Séforis? —le pregunté al cura. Él levantó los hombros—, ¿no se suponía que eran ánforas con las cenizas?

—Se han supuesto tantas cosas en todos estos años, señor Miele. Imagino que Díaz-Otazo, el Hermano Anciano —recordó—, también le dijo que eran tres cuerpos los que fueron embarcados en la *Santa Clara*.

—Eso anoté en mi libro —pensé en el cuerpo de Javier, aplastado por toneladas de piedras y tierra, algunos kilómetros hacia el sureste, bajo la nueva plaza de Maipú.

—Pues efectivamente eran tres —siguió Horacio Ugarte—. Al menos hasta hace ciento diecinueve años lo eran, pero en 1898 alguien bajó y se llevó el tercer cuerpo, nunca supimos la razón ni adónde lo condujo.

—¿Quién?

—Señor Miele, usted mismo lo dice en las primeras páginas de *Logia*. La Lautarina, los Racionales no desaparecimos en 1823.

—Habla en primera persona plural.

—Exactamente. Y ya entenderá mis razones.

—Pero entonces, ¿uno de estos cuerpos es la Virgen María?

—Me gustaría poder responderle, pero la verdad es que no lo sabemos. Hay un juramento, señor Miele, de nunca violar estos cadáveres, jamás examinarlos y mantener el misterio de su identidad. Finalmente, si una de estas dos momias —las indicó— corresponde en verdad a la Virgen María, como dice usted, no va a cambiar la historia del mundo.

—La Hermandad no piensa lo mismo.

—En realidad, a La Hermandad y sus asociados esto les importa poco y nada.

—¿Y el otro cuerpo? —apunté dentro de la tumba.

Horacio Ugarte levantó los hombros y dijo:

—Misterios —tragó aire—. ¿No prefiere ver la segunda lápida? Le prometo que le va a interesar mucho. Traiga la barreta, por favor.

El segundo féretro era más pequeño que el anterior y estaba pegado a la pared del pentágono. Dentro no había nada parecido a un cadáver, solo una pequeña vaina con el mango de una vieja espada.

—¿Romana? —reconocí por el tamaño de la hoja y por la manera en que el filo caía sobre la guarda y la empuñadura.

–Buen ojo, señor Miele. En este caso particular, una curiosa mezcla de *gladius* con *cinqueada*. Se usó en las campañas más occidentales de la Legión VI Victrix, hacia el siglo IV de la era cristiana.

–¿Campañas occidentales?

–Britania, el actual Reino Unido. Decían que esta espada tenía poderes mágicos. Tómela, desenváinela, por favor.

Le pasé la linterna al cura y luego me agaché con cuidado sobre el féretro. Saqué el arma, sujetándola con cuidado con ambas manos y corrí la vaina. La hoja resplandecía, casi tanto como el sable de O’Higgins, que recordé continuaba afirmado contra la puerta de la bóveda. En efecto, era una particular mezcla entre una *gladius*, un poco más larga, y una *cinqueada* hacia el pomo del arma, con las marcas bien espaciadas para los cinco dedos del portador.

–¿Acero de Emilia? –miré a Ugarte.

–Misma región, en el norte de Italia, Veneto. Es acero veneciano forjado a fines del siglo III. Pero eso no es lo más llamativo de esta espada. Dirija la hoja hacia mí.

Lo hice. El sacerdote acercó la linterna. Por el centro del filo, justo en la unión entre ambas hojas, se leía una pequeña inscripción grabada en el mismo acero con letras curvas manuscritas.

–Lea –me indicó.

Me acerqué para ver mejor, era una frase en latín formada por tres palabras. Apenas terminé miré a Ugarte.

–¿Es en serio?

–Sí, señor Miele, es en serio. Por favor, vuelva a leerlo, ahora si le parece en voz alta.

–*Ex calce liberatus* –pronuncié y juro que cada una de las palabras retumbó en un eco que ascendió hasta lo alto del pentágono y de ahí continuó hasta encontrar una salida hacia la superficie.

–«Liberada de la piedra» –tradujo el presbítero–. La forjó un herrero del norte de la península Itálica, bastante menos mítico que una misteriosa hada de los lagos ingleses –curvó una sonrisa–. Y es probable que a pesar del nombre, jamás haya estado enterrada en una roca.

–*Ex calce* –repetí–. Excalibur... Esta espada es Excalibur.

–Efectivamente, la espada paternal de Lucius Artorius Castus, prefecto de la Legión VI Victrix en Britania, que llegó a ser *dux* de la isla

y, según las leyendas, el primer rey británico, quien unió a las tribus locales y colonias romanas contra la invasión de los pictos y normandos. ¿Pensó que la habían devuelto a la dama del lago?

–Eso escuché de niño.

–Pues casi, pero la dama del lago no era un hada y no tenía nada de mágica. Tampoco vivía en un lago –marcó–. Lo concreto es que ella se encargó de llevar la Excalibur a Roma tras la muerte de Artorius Castus. La espada se convirtió en un cetro de poder bastante requerido hasta el siglo X. En algún instante posterior llegó a las manos de los Hermanos Mayores –llevó el haz de la linterna hacia el techo, al ojo que todo lo ve en medio de la cruz de Malta–, y ya imaginará lo que vino después.

–Un objeto de poder –pronuncié, levantando la espada y recordando cuántas historias de la misma había escuchado de niño. Algunas adultas, otras más infantiles; algunas diferenciaban las espadas, la de la piedra con Excalibur, como dos armas distintas; para otros era la misma. Y ahora la tenía en mis manos; rey del mundo, pensé.

–Muchos la han buscado por siglos, Hitler, por ejemplo. En 1938 mandó a sus arqueólogos de la Ahnenerbe por toda Europa a rastrearla, quería la espada y la copa del rey, el Santo Grial –recalcó para explicar su propia metáfora–, pero no encontraron ni la una ni la otra. No obstante, anduvieron cerca, el 39 llegaron por estos lados, usted conoce esa historia, leí *El número Kaifman* y *La catedral antártica*. Escuché en la radio que salió una edición extendida de la primera, me gustó esa novela.

–Así es, ahora se llama *El verbo Kaifman*. Cuando lea el libro entenderá la razón del cambio de nombre, básicamente es otra novela hecha a partir de la anterior. Le diré a la editorial que le manden una copia.

–Firmada si fuera posible, colecciono libros autografiados.

–Es un trato.

–Por favor –Ugarte apuntó hacia el interior de la cripta–, la espada no es un regalo.

Regresé la hoja dentro de la vaina y deposité el arma en el mismo sitio del cual la había tomado.

–Queda un féretro –le comenté al padre Horacio Ugarte.

–Por supuesto –sonrió mi anfitrión–, queda un féretro –repitió–. Y esa es la razón por la cual decidí invitarlo –prosiguió mientras se acercaba a abrir la lápida final–. Necesito su ayuda, señor Miele.

–¿Mi ayuda? –cuestioné extrañado.

–Ya entenderá –completó el presbítero mientras me pedía que pasara el filo de la estaca bajo la cubierta del féretro, para levantarlo–. Imagino que ha escuchado la leyenda de Baphomet.